

## LOS ALMANAQUES DEL DOLOR

Nadie conoce mejor que yo las privaciones de una madre soltera en este Madrid de cielos cobrizos por donde me arrastro como una salamandra encerrada en una caja de fieltro. Nadie. Ayer entramos en 1959. Buen principio de año para una mujer que sólo desea dormir para no escuchar los sonidos de la tristeza. Porque la tristeza tiene su peculiar modo de hacer ruido: es como una tendera de *La Cebada* con su delantal blanco que anunciara a voz en grito su mercancía en el mercado. El señorito no sabe de estas cosas, nunca se ha preocupado por conocer los caminos que desmadejan el laberinto de una mujer. Nunca quiso saber que mi sueño era conocer París, beber champán en un zapato como una *princesa pitipitesa* y recorrer los Campos Elíseos en coche de caballos luciendo escotes *palabra de honor* para dejar rendido a un ejército de admiradores. Yo siempre he sido para él una chica de pueblo con cofia y delantal de organdí que le servía café y brioches del horno de San Onofre en la cama... hasta que me convertí en dulce manjar para sus apetitos de hombre de mundo. Maldito. Aquellas eternas tardes viendo caer a plomo las luces de la Plaza de Oriente a través de visillos, siguiéndole el juego hasta terminar confundidos entre sábanas de lino (aún recuerdo su aliento a anís de *El Mono* como una pesadilla mientras me susurraba en francés palabras de amor que yo no entendía). Después, la nada y la vergüenza que, en mi caso, fueron tres mil pesetas, una barriga hinchada y toda la soledad del mundo en una buhardilla compartida con una vieja modista que se pasa las horas haciéndole trajes a medida a la muerte. A veces escucho el llanto de mi niña por la noche y se me figura el maullido de un gato rondando los cubos de la basura. Mi niña, que no encuentra alimento en mi pecho estrujado como un globo sin aire, y me mira sin entender nada y regurgita su dolor como un cachorro de demonio abandonado en las puertas del cielo. 1959 será un buen año para todos. Eso dijo al menos su Excelencia en el discurso de Navidad que escuché en la radio galena de mi patrona. Claro que él en su residencia del Pardo no tiene que levantarse de madrugada para pescar una mísera carpa en el Manzanares, o para dejarse restregar un rato por algún sereno rijoso a cambio de una bolsa de leche en polvo o una de esas latas de carne de estraperlo que huelen a acequia estancada cuando las abres. Aún no hace demasiado tiempo yo era una inocente más, una *mujer topolino* que conducía su vida como un piloto de carreras, sin miedo a la velocidad o a los obstáculos que pudieran interponerse en el camino. Ahora sólo soy una madre soltera que mira de reojo los cochecitos de otros bebés y se detiene en la calle

buscando alguna mirada compasiva. Pero Madrid es un gigante que devora a sus criaturas. Mi niña pesa poco más de tres kilos y parece deletrear sus lágrimas con la inocencia de una diosa abandonada en su niñez. Me observa desde su infinita tristeza y parece dar bocanadas como un pez pequeño en su pecera de cristal. Mañana quizá no esté ya conmigo. La ausencia puede dejar cicatrices que no se ven, y esos estigmas son para siempre. Sólo la muerte puede conducir al olvido, sólo saberse un ánima del purgatorio esperando el autobús para ir hacia ningún lado, pude actuar como bálsamo reparador. Esa misma muerte tan familiar nos saludará a mi niña y a mí levantando con ceremonia su escarpela y entonces correremos a ocultarnos como presas abatidas en una cacería sin tregua. Lo sospecho, porque cuando me asomo ante el espejo del armario ya no veo a nadie, tan sólo hay del otro lado unos ojos vacíos y una sonrisa hueca que me recuerdan la forma de un buñuelo de viento en *souflée*. Debo parecer una de esas muñecas de cera que atestan el cuarto de juegos de la hija de mi señorito. Siempre me daba miedo entrar en aquel santuario con olor a incienso y a vida truncada, y si me tocaba en suerte pasar el plumero por la superficie de aquellas brujas que fingían dormir, cerraba los ojos y rezaba un Padrenuestro y un Avemaría para espantar mis miedos.

Hoy cumple mi niña dos años y se me ha ocurrido regalarle un vestidito de perlé. El amor de una madre no conoce límites, y menos cuando esa madre ya no puede acunar sino sombras del pasado y recuerdos que pesan como piedras. Mi ángel sé que agradecerá mi paseo hasta la *Almudena*, y me sonreirá desde su porción de tierra húmeda como lo hacen las criaturas transparentes que ya no se encuentran entre nosotros. La semana que viene el señorito me ha prometido un vestido de Balenciaga y zapatos de charol a la moda francesa. Ahora que ha vuelto conmigo me colma de detalles y me regala su corazón como si no supiera yo que son visceras de casquería y nada más. Todo saldrá bien, me he jurado a mí misma ser la mejor amante del mundo y sonreírle como en los viejos tiempos. Madrid en 1961 es una ciudad hospitalaria donde cabe todo el mundo, y esa fiesta anunciada hasta en el ABC de Nochevieja en su finca de Puerta de Hierro, con gentes de alcurnia y mucho champán espumoso, me vendrá de perlas para inaugurar una nueva temporada en el infierno. Sólo es necesario tener paciencia y algo de puntería. Después, sólo hay que cerrar los ojos antes de aceptar un último baile.

